

YA SALE EL SOL

Y aquí estoy. En la azotea de la casa del amor de mi vida. ¡Quién lo diría! No es algo que pase cada día. La brisa de la madrugada ondea su rizada melena dorada, y su mirada está clavada en el horizonte. Tiene unos ojos color avellana. Unos ojos preciosos, si no fuera porque están derramando lágrimas. Una tras otra. No estoy acostumbrado a este tipo de situaciones, no soy el tipo de persona que habla con todo el mundo de lo que siente. Tampoco me gustan las despedidas, y aunque yo no lo veo como un punto y final, tristemente parece que ella sí. No han servido de nada las advertencias de su familia, ni los tratamientos médicos, ni mis lamentos. Está decidida a acabar con su vida patética. Cuando los primeros rayos de sol iluminan nuestros rostros, me dirige una mirada de culpabilidad y me da un último abrazo. De repente se para, con la pierna flotando por el borde. Un paso más y hubiera sido un adiós para siempre. Nos miramos el uno al otro, y cae desconsolada, sollozando en mis brazos. Suspiro nervioso. Después de todo, ella solo necesitaba que saliera el sol en su interior.

2º ESO C